

Al llegar a este punto debo detenerme. En "La plaza de Alcázar y su evolución" y "calles transformadas" pueden verse Santa Quiteria y el Ayuntamiento antiguo; la calle de San Andrés -la Castelar- nos enseña su angostura y su humildad y deja ver el Ayuntamiento con su tejadillo y los arcos, y la plaza de Santa María. Estas reproducciones invaluable de viejos apuntes y fotografías es lo único que poseemos de esos rincones, precariedad que podría remediarse. Todo ha cambiado profundamente pero la luz que nos llega de arriba, no se altera; con esta luz distinta, colores, pinceles y un poco de amor, estas estampas copiadas en el lienzo, ganarían permanencia y vida. Alcázar debería impulsar estas pinturas necesarias y posibles y en su día enriquecer con ellas un futuro "Museo Municipal de Etnografía, Arte e Historia.

El mural, trasunto de las descripciones de usted se asemeja cada vez más a un retablo viviente:

En una mañana de domingo oímos los gritos y las canciones de los mozos que "quintean": -Este es el Ayuntamiento- el Ayuntamiento es este, -donde me tienen que echar- mi buena o mi mala suerte."

Hay luz desde el amanecer en la ventana del médico Mazuecos. Las salidas del pueblo tuvieron su momento cumbre cuando pasaron temprano los carros de labranza. Pero el Ángel de Borrego se puso en camino al rayar el día. Le gusta ver cómo "el sol al salir tiende su manto dorado sobre el inmenso viñedo, sano, opulento, majestuoso," En las "Santanillas" giran las aspas del molino de Sotero. En alguna parte canta la "pajarilla mañanera", la "pajarilla canora, rauda, ondulante, de olímpico alejamiento, en la serenidad augusta de un amanecer de primavera."

Callejeando podemos encontrarnos con el padre Cortés, don Félix Huertas o el padre Coronado o algún otro, que estos y otros beneméritos sacerdotes paisanos vienen más de una vez a su pueblo llamados por la esquina del amor. Y, ¿por qué no habríamos de coincidir con alguno de los notables maestros de que se enorgullece el pueblo, o con las muchachas que entran en el obrador, o ir a comprar el chocolate en casa de la Gregoria, o encargar unas tortas a la Cantera, la Balbina o Espinosa? ¿Quién nos dice que no nos invitará un maestro zapatero amigo a "tomar las once"? Al pasar por la Trinidad hemos oído a la "Minerva" de Puebla que estaba tirando "La Hoja Parlante". Podríamos saludar a Benigno en su imprenta, y más adelante, en el taller de los "Maestrines" no sería extraño que escucháramos a Emilio Paniagua leyendo a Antonio y Pepe Castellanos, una primorosa crónica que ha escrito para "La Ilustración Manchega".

No hemos visto al alcalde, tan callejero él. Es que se fue temprano a "La Veguilla"; tiene que saludar a unos aviadores que aterrizaron allí pilotando uno de esos abejorros, de madera, lona y alambre, que suelen cruzar temerariamente los aires.

Pero el mural es increíblemente rico en escenas, épocas y paisajes. Al amanecer han tocado las campanas anunciando a sus fieles la primera misa. Y a poco se les ve salir de sus casas y encaminarse a la iglesia. Vibra de cuando en cuando el reloj de la villa, notario sonoro, contando impasible el paso de las horas. Hace un rato que abrieron las tabernas. Abrió "La tienda Chica" de Cayetano. Se rebulló la plaza. Los vendedores diarios del mercado, los herencianos, los migueletes, los tomelloseros y algún que otro comarcano se hallan tras sus puestos; pasa el médico madrugador que se da prisa para atender un aviso urgente. Doña Isabel la comadrona viene por el boquete de Santa Quiteria con cara de haber pasado mala noche.